

¿Refundar el capitalismo?

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 19.10.08

Lo impensable está ocurriendo. Aquello que se descartaba como la mayor de las herejías se convierte en algo no sólo posible y hasta recomendable, sino necesario. La era del thatcherismo y del reaganismo ha desembocado en la urgencia de revisarlos, de suspender su supuesta igualación a la más irrenunciable ortodoxia económica. De pronto, el fundamentalismo de la libertad sin traba alguna de la economía de mercado aparece como algo capaz de llevar al desastre económico. El vuelo alcanzado por el mundo de las finanzas ha caído en picado.

Y se ha llegado a la conclusión de que el uso ilimitado de la libertad de mercado puede conducir a la bancarrota.

Algo así como un principio que se contradice a sí mismo. Que, en vez de asegurar el crecimiento permanente, se adivina como un alarmante medio de cortarlo y arrastrar con él a los pilares de estabilidad y seguridad en los cuales el crecimiento económico ha de buscar su salud.

La extrema gravedad de la crisis actual fundamenta el convencimiento de que vivimos una situación excepcional. Como un movimiento tectónico que obliga a tomar disposiciones que parecían absolutamente fuera de lugar, dañinas, capaces de colapsar todo el mecanismo complejo de la economía moderna, hoy globalizada. ¿Por qué la globalización ha ido emparejada con falta de reglas, de controles o con viciar los existentes?

Una de las premisas que se tenían por irrefutables era que vivimos una época en la cual a lo político y al sector público les corresponde un margen más bien estrecho de actuación, porque lo económico lo desborda todo, lo rige todo. Es la doctrina de que cuanto menos Estado, mejor. De lo privado prevaleciendo sobre lo público. La norma era privatizar, desnacionalizar. Los gobiernos tenían que moverse cautelosamente para no inmiscuirse en un terreno que les estaba vedado. Aunque, por oportunismo, con demasiada frecuencia disponían de instrumentos para entrar en el mismo juego. Pero ahora, sin embozo alguno, los gobiernos, las instituciones internacionales como la Unión Europea, se pronuncian a favor de intervenciones públicas para salvar bancos, entidades financieras, y nos entra una indefinible sensación de desconcierto, de haber sido engañados.

Estamos ante un peligro mayor, que se ha descrito con riqueza de metáforas como la existencia de coágulos en un sistema sanguíneo. Se pide con acentos de urgencia liquidez, liquidez. Y son los estados los que han de proporcionarla con aportaciones descomunales de dinero por centenares de miles de millones. Ha habido demasiada alegría o impunidad o desmadre. Y, sin duda, culposa manipulación, que ahora es preciso, urgente, contrarrestar. Porque hay indicios de que la deriva perversa de la economía financiera, especulativa, pueda también haberse instalado en áreas de la llamada economía real, la productiva. Y de que el daño pueda provocar un derrumbamiento contra el cual casi no existiría remedio.

De momento, por lo menos ha habido una valiente reacción. Un protagonismo esperanzador de personas e instituciones públicas - nacionales e internacionales- que parecían adormecidas, cuando no

abocadas a la aceptación de un triste papel subsidiario y de renuncia. Sarkozy, en su condición de presidente semestral de la UE, la ha galvanizado con el concurso de la canciller Merkel, mediante reuniones a los más altos niveles. Desde el Ecofin y los componentes del Eurogrupo, al que se sumó Gran Bretaña. Y el miércoles y el jueves, en el Consejo Europeo, órgano supremo de la Unión Europea, que, saliendo del marasmo, se muestra revitalizado con una positiva capacidad decisoria. ¿Será suficiente?

Por lo menos hay ganas de hacer algo. Gordon Brown, que parecía condenado a ser la sombra declinante del brillo y la seducción de su antecesor en el 10 de Downing Street, Tony Blair, repentinamente pasa a primer plano y, con mano firme, se saca del bolsillo fórmulas arriesgadas para salvar la situación sin vacilar en la formulación de conceptos tenidos por heréticos como nacionalización y regulación, parciales y temporales. Hasta el punto de que se recuerdan momentos trascendentales - de contrario signo- de la historia británica como la creación del Estado de bienestar por los laboristas, que levantó a la decaída Gran Bretaña después de la Segunda Guerra Mundial. O la drástica liberalización económica y financiera con que Margaret Thatcher, la Dama de Hierro, puso contra las cuerdas a los sindicatos y a los defensores del Estado de bienestar.

Hasta Bush, en la postración de su lamentable fin de mandato, ha contravenido su fidelidad al reaganismo, con los 700.000 millones de dólares que ha dispuesto para la operación de salvamento financiero. Y, luego, siguiendo el ejemplo de Brown, nacionalizando parcialmente a los grandes bancos se ha desdicho de su propio ideario.

Se dirá que el efecto de este cambio de rumbo, al menos temporal, puede acabar siendo contraproducente o insuficiente. Pero aun en este caso, es difícil que desde ahora todo vaya a seguir igual. Y, si fuera así, mal. Los Veintisiete, reunidos en Bruselas, han propuesto un plan mundial de supervisión y regulación que, en una segunda fase, debería ser de refundación del sistema capitalista. Un propósito que supondría ir al fondo del problema, más allá de la inmensa operación puntual de rescate bancario y financiero, que, en definitiva, consiste en socorrer a quienes han ocasionado el gran desastre bajo el apremio del chantaje de que no hacerlo arrastraría al abismo.